

HABLAN LOS FAMILIARES

Habla Teo, hermana de Francisco Sánchez Ruiz

En nombre de mis hermanos y del mío propio, expongo estos testimonios de nuestro hermano Paco. Son varios los que podemos decir, pero nos limitamos a estos que reflejan caridad con el prójimo y su gran fe en Dios:

1°. Si alguna vez hablaban algo de los milicianos, él decía: *“No habléis mal de ellos”*.

2°. Cuando le dijo mi madre: *“Paco, te podías pasar a zona nacional”*, su respuesta era: *“No, madre, pues al que Dios guarda, bien guardado está”*.

3°. Un día hablando con la señora Juana, le dijo: *“Juana, los que quedáis vivos, tenéis que trabajar mucho para la gloria de Dios”*.

4°. Cuando vinieron por él (por segunda vez), salió mi padre y le dijeron: *“Se tiene que venir con nosotros a arreglar un camión”*. Entonces mi padre pasó donde estaba Paco y le dijo: *“Paco, dicen que vayamos a arreglar un camión”*. Y la pregunta de él fue: *“¿Quieren que vayamos los dos? Vámonos y que sea lo que Dios quiera”*. Fue lo último que hablaron en mi casa, y ya no volvieron.

¿Cómo hemos acogido y vivido esta noticia? Con alegría, gozo, respeto y veneración, pues el tener en la familia a quien imitar, es muy grande. Que este proceso de beatificación no sea para los familiares, motivo de vanagloriarse (ni mucho menos), sino una exigencia de ser nosotros mucho mejores.

Que esto sea un impulso para ser testigos de Jesucristo en los tiempos que corren de secularización, en donde Dios no cuenta para nada. Que estos jóvenes sean ejemplo para los jóvenes del 2005 y para las generaciones futuras. Que nos ayuden desde el cielo, derramando muchas gracias sobre nosotros.

Habla Francisca, hermana de Luis Pérez Caberta

Uno de tantos recuerdos que tenemos de Luis, es el día que quemaron la imagen de la Virgen de los Remedios. Él se entristeció mucho y estaba muy disgustado por tal acto. Entonces su madre le dijo que no se pusiera así, que esa misma noche habían ejecutado a siete personas y él contestó que las vidas de las personas valen mucho, pero el perder el respeto a la Virgen, a las cosas de Dios, era más grave porque la persona que pierde el respeto a Dios, es peor que matar a otras personas, justificando que cuando el hombre ha perdido el respeto a Dios, ha perdido todo.

Habla María, hermana de Juan García-Ochoa García-Pulgar

Un recuerdo que tenemos de Juan es que habiéndose desatado una persecución brutal contra la Iglesia, su madre le insistía que si le llevaran a declarar, que tuviera cuidado de lo que iba a decir y él respondió: *“La Iglesia siempre ha tenido mártires”*.

¿Cómo lo vivimos nosotros, sus familiares, en estos momentos? Aunque es volver a recordar todos aquellos momentos tristes que sufrimos, ahora nos sentimos orgullosos de él y sabemos que, desde el cielo, nos ayudó a saber llevar el amargo trago de su muerte y nos ha dado la fortaleza después de su muerte y nos ayuda a saber perdonar a todos aquellos que fueron sus ejecutores, y nos alegra mucho saber que sus nombres pueden llegar a figurar en la Iglesia como santos y ser ejemplo para muchos jóvenes en los momentos de dificultad, si son perseguidos por confesar su fe.

“ME ALEGRO DE HABER SUFRIDO LO QUE HE SUFRIDO POR CRISTO”

Entrevista a Teo Sánchez, hermana de Francisco Sánchez, mártir y presidente de Acción Católica del Centro Parroquial de Sonseca

Visitamos la casa sita en la calle Marazambroz nº 27, el municipio toledano de Sonseca. Allí nos recibe Teo Sánchez, militante de Acción Católica General y hermana de Francisco Sánchez Ruiz, primer presidente parroquial de la Juventud de Acción Católica, mártir en la Guerra Civil, siervo de Dios. Lo primero que nos sorprende es que todo en ella se conserva tal cual estaba en los años 30 del pasado siglo.

PREGUNTA: Teo, ¿qué te supone vivir en la misma casa en que habitó tu hermano y contemplar, cada día la mesa en que estudiaba y escribía, la cruz que siempre lo acompañaba, sus fotos...?

RESPUESTA: A mí me supone paz, aunque también algo de sufrimiento. Yo era una niña cuando se llevaron a Paco preso. Iba a cumplir cinco años. Me tuvieron que llevar a otra casa para apartarme de lo que estaba pasando. Aún así, me parece todo muy natural.

P. Una de las características particulares que diferencia a Paco del resto de los jóvenes de su época, e incluso, de otros mártires de la Acción Católica, es el hecho de que se han conservado muchos de sus escritos. ¿Qué podemos leer en ellos?

R. Conservamos el diario que escribió desde que fue apresado, las impresiones de unos Ejercicios Espirituales celebrados en 1935 y muchas de sus cartas a la familia y a sus amigos, a parte de sus charlas a los jóvenes de Acción Católica de Sonseca. También algún que otro texto literario. En ellos habla de Dios, de la fe, de los ideales de la juventud, de la formación y el apostolado... Era un muchacho muy inquieto.

P. Defínenos a Paco en tres palabras

R. Honrado, trabajador e inteligente. Pero, sobre todo, modelo. A mi madre le decían: “Margarita, si yo tuviera un hijo como el tuyo...”. Muy expresiva era también María, la que fue su novia, a la que años después de la Guerra Civil, al ver que no contraía matrimonio, la gente le preguntaba que si no se casaba. Su respuesta era rotunda: “Me casaré cuando encuentre a otro como Paco”.

P. Cuéntanos alguna anécdota de tu hermano

R. Siendo niño, con tres años, aprovechando que estaba en casa una de esas capillitas portátiles dedicada a la Sagrada Familia que iban pasando por las diferentes casas del pueblo, mi madre le pidió que dijera algo a la imagen de María, José y el Niño. Su respuesta fue su primera oración: “Niño de la Sa’ Familia, hamme güeno como tú”.

P. Ya prometía desde pequeñito. No en vano, siempre tuvo una gran inquietud por aprender. Aunque la situación familiar no le permitió continuar los estudios, una vez finalizado el servicio militar, decidió matricularse en Bachillerato. Trabajaba de día y estudiaba de noche. Se fue sacando dos cursos por año, hasta que estalló la Guerra Civil. ¿Por qué crees que ponía tanto empeño en el estudio, cuando no era nada habitual entre las gentes humildes de la época?

R. Él se veía con facultades. El maestro le había dicho a mi padre que no dejara a Paco sin estudios, que podía sacarse una gran carrera. Mi padre, resignado, no podía prescindir de él. Paco sabía que no podía dejar a su padre con el taller (teníamos un taller mecánico en el que se fabricaban artilugios para la agricultura y se reparaban vehículos), pero al mismo tiempo era consciente de que podía seguir formándose y así mejorar el propio taller familiar y crecer él como persona. Pronto comenzó a llevar todo el taller, con apenas veinte años.

P. Trabajaba, estudiaba, viajaba con motivo de su trabajo y, por si fuera poco, llegó la Acción Católica.

R. Sí, en 1934 se fundó el Centro de Sonseca y Paco fue elegido presidente. Pronto se superó la cifra de cien jóvenes vinculados a la Acción Católica. Les animaba, organizaba actividades de todo tipo para contribuir a su formación

integral. Paco sabía de la incultura de los jóvenes de su tiempo y estaba convencido de que el progreso individual y social dependía de su formación y educación. Organizaban partidos de fútbol, danzas, charlas, teatros...

P. Sin olvidar la vinculación con el ámbito diocesano

R. Sí, viajaban mucho a Toledo y se implicaban en las actividades diocesanas. Antonio Rivera se carteaba con Paco. Una vez vino a Sonseca a acompañar a nuestros jóvenes. Fue justo después de haber sufrido una agresión en uno de los actos de propaganda en la que le rompieron las gafas y tuvo que volver a casa sin apenas ver nada. La familia de Antonio le pedía que no viajara más. A los ocho días decidió venir a Sonseca: “Tengo que ir, porque esos muchachos están luchando como verdaderos héroes”. En esa visita también fueron increpados. Lejos de amilanarse, Paco y Antonio salieron a la calle y se pusieron a hablar con los agresores.

P. Paco tenía un gran sentido de la justicia. Protestaba ante la autoridad competente cuando algo le parecía injusto, aunque no le afectase a él directamente.

R. Llegó a escribir al Alcalde para protestar por el comportamiento de muchos jóvenes de Sonseca, que armaban escándalos durante el desarrollo de actos religiosos. Incluso se atrevió a sugerirle soluciones, como la aplicación estricta de la ley y el fomento de la educación de esos jóvenes a través de la Escuela de Adultos. También escribió al presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos La Concordia, titular del Círculo en el que se reunían la mayor parte de los jóvenes y hombres de Sonseca, quejándose por unos carteles que habían aparecido en el tablón de anuncios con insultos a personas por su ideología política.

P. Paco se convirtió en un personaje público en Sonseca por ser el presidente de los jóvenes, por las charlas que daba y por su participación activa en la organización de actividades culturales. Se había significado como católico.

R. Sí. Hasta tal punto es así que el 20 de julio, dos días después del alzamiento, más de cien hombres vinieron a casa a prenderlo, con escopetas y palos. Era tal la cantidad de personas apelotonadas en la calle, que tapaban las ventanas. Una vecina que estaba dentro de su casa llegó a creer que se había nublado. Fue el primero al que apresaron.

P. ¿Cómo recuerdas ese momento?

R. Lo recuerdo como si fuera ahora. A todos nos pusieron con los brazos en alto, incluida a mí. Cogieron a Paco y lo sacaron fuera. Desde allí él se volvió hacia nosotros y nos dijo, a voz en grito: “No tengáis miedo, porque yo no he

hecho ninguna cosa mala. Lo único, que soy de Acción Católica”. Al irse, las palabras de mi padre fueron rotundas: “Así se paga la honradez y el trabajo”.

P. Estuvo en la cárcel quince días. Cuando regresó, ¿qué os contó?

R. Nada. Llegó a casa en la noche del 4 de agosto, la misma noche en que mataron a D. Casimiro. De hecho, él estaba aún en el cuartel cuando comenzó el martirio de D. Casimiro, al que hicieron pasar descalzo por las brasas de un Cristo de madera que acababan de quemar. Mis hermanas habían ido ese mismo día a ver al Alcalde y a pedirle que le soltaran. Este les confirmó que lo haría así esa misma noche. Y así fue. Cuando llegó, le tocaron la cara y, a pesar de que era pleno verano, la tenía fría, fría. Ninguno de nosotros nos atrevimos a preguntarle nada y él tampoco lo dijo. Solo a la mañana siguiente afirmó: “Cuánto me alegro de haber sufrido lo que he sufrido por Cristo”. Además, confesó a mi hermana Margarita que nunca más se volvería a poner corbata. No sabemos lo que quiso decir. Yo pienso que posiblemente se planeó el sacerdocio.

P. ¿Qué pasó en los días siguientes?

R. Al volver pidió a Martín, entonces seminarista y ahora sacerdote, que le diera clases de latín “para poder vivir la Misa mejor”. Además, continuó trabajando en el taller. Algunos le animaban a pasarse al bando nacional. Él no quería, porque temía por que se pudieran vengar matando a nuestro padre. Alguien le dijo que se retractara, a lo que él contestó: “Yo no puedo traicionar mi fe”. Era firme en su fe. “Tengo fe absoluta en el triunfo, aunque no llegue a conocerlo”, decía. Además afirmaba “a quien Dios guarda, bien guardado está”. A mi madre le decía que sabía que no viviría, que volverían a por él. Ella le contestaba que ya había cumplido la condena. “No, madre, no...”, era su respuesta.

P. Y así fue. La alegría del reencuentro con Paco duró poco. El 20 de octubre volvieron a por él

R. Sí, era justo la hora de comer. Todo estaba preparado en la mesa. Entró mi padre a la habitación donde Paco gestionaba los papeles del taller y le dijo: “Unos milicianos quieren que vayamos a arreglar un coche”. “¿Los dos?”, preguntó Paco. Su padre asintió. “Vámonos y que sea lo que Dios quiera”, concluyó Paco. Domingo, mi hermano, les siguió. Mi padre, al verlo, le dio algunas cosas que llevaba en el bolsillo y le ordenó que volviera a casa. Ya por la tarde, mi hermana Margarita junto con mi hermana Nico acudieron al cuartel y se pusieron a llamar a mi padre a gritos. Él se asomó por una pequeña ventana y las dijo que se marcharan aprisa. Un miliciano las apuntó con un fusil y las echó de la zona. Alguien nos contó más tarde que cuando iban en el camión los treinta y uno que fueron apresados ese día Paco y Luis, otro joven de Acción

Católica, se despidieron de la Virgen al pasar por la Ermita de los Remedios. Ya no volvieron.

P. ¿Cómo reaccionasteis al saber que vuestro padre y vuestro hermano habían sido fusilados?

R. En la madrugada del día 21, mi madre, junto con la madre de Eugenio, otro de los jóvenes de Acción Católica apresados, fueron al cuartel. Vieron que estaban todas las puertas abiertas y no había nadie allí. “Vámonos, que esto ya está hecho”, dijo mi madre. Pocas horas después ya empezó el movimiento en el pueblo al saberse la noticia de que había pasado lo que había pasado. Quedaba una viuda con seis hijos pequeños.

P. Teo, me llama la atención que te refieras al asesinato de tu padre y de tu hermano como “cuando pasó lo que pasó”

R. Sí en casa siempre se dijo así. No había rencor. Acabada la guerra, vinieron a casa a preguntar a mi madre quiénes habían sido los responsables del fusilamiento de su marido y de su hijo. Su respuesta fue tajante: “No quiero tener ninguna muerte a mi costa. Que Dios nos perdone y los perdone a todos”. El propio Paco, cuando alguien a su alrededor se quejaba de lo que estaba pasando en Sonseca en el preludio de la Guerra Civil, decía: “No habléis mal de ellos”.

P. Paco es ahora Siervo de Dios. Sabemos que llegará a los altares. ¿Qué sientes como hermana carnal y como hermana en la fe?

R. Como hermana experimenté un escalofrío al ver la foto de Paco en la estampa que me hizo llegar el Postulador de la Causa de los Mártires. Como creyente, sentí fuertemente la responsabilidad de ser mejor. Si él y el resto de sus compañeros fueron así, ¿por qué no voy a poderlo ser yo? Ahora veo que actúa en nosotros.

El 12 de octubre, fecha en que se realiza la entrevista, se cumplen setenta y cuatro años de las últimas palabras que Francisco escribió en su diario, a modo de oración: “Quiera que la paz vuelva a nosotros... ya”.

Publicado en la revista de Acción Católica en octubre de 2010